

FIDELIDAD CREATIVA

*Traducido y adaptado por José M. Ferre
a partir del artículo "Fidelidade Criativa" del P. Francisco Ivern, SJ,
aparecido en "Convergencia", nº 341, abril 2001*

ES MÁS FÁCIL SER "FIEL" QUE SER CREATIVO

Fidelidad y creatividad son inseparables. Una implica la otra. En la vida religiosa no podemos ser verdaderamente creativos si no somos fieles. Pero tampoco somos fieles a un carisma si no somos creativos. Esto es innegable. Cuando llega el momento de la verdad, sin embargo, es más fácil ser "fieles" que creativos. Lo experimentamos en nuestros encuentros, reuniones, asambleas y capítulos: solemos ser más "fieles" que creativos. Pongo la palabra "fieles" entre comillas porque es evidente que si fuéramos verdadera y profundamente fieles, probablemente seríamos también creativos. Sin embargo, en la vida real ni la fidelidad ni la creatividad son auténticas o perfectas.

Es cierto que debemos buscar en los orígenes, en el carisma fundacional, la inspiración para los cambios que se imponen, pero esto no significa simplemente un retorno a los orígenes o una renovación de la vida espiritual. No es esto lo que nos va a ayudar a ser creativos. El campo de la creatividad viene determinado por una lectura atenta de los signos de los tiempos y una apertura dócil a los cambios continuos. Para ejercer esa creatividad necesitamos valentía, motivada y sostenida por el amor de Dios, ciertamente, pero también por nuestro celo apostólico y por una sensibilidad ante las nuevas necesidades de nuestros contemporáneos.

Actuamos a veces como si el futuro de nuestro apostolado, las nuevas orientaciones que deberíamos adoptar, los cambios que tendríamos que realizar, estuviesen ya en cierta manera contenidos, como un embrión, en el carisma original, y que cuanto más nos identifiquemos con él, más creativos seremos también en nuestro apostolado. Miramos más para atrás y para adentro que para adelante y hacia fuera. Tendemos a veces a ser un poco masoquistas y atribuimos nuestra falta de fidelidad a nuestra falta de creatividad o al fracaso en la pastoral vocacional. Raramente nos preguntamos si nuestra débil vitalidad apostólica pueda deberse a nuestra poca creatividad en el área apostólica. Por otra parte, si los jóvenes de hoy no se sienten atraídos, ¿no será por la falta de vitalidad espiritual, individual y comunitaria?

Lo mismo que estamos diciendo en relación a la fidelidad y la creatividad lo podríamos decir en relación con los "religioso" y los "apostólico". En nuestra congregación las dimensiones religiosa y apostólica son tan inseparables como la fidelidad y la creatividad. Con frecuencia los esfuerzos de renovación, de cambio, de creatividad, están sobre todo centrados en una renovación espiritual que intenta ser fiel a los orígenes, más que en nuestros esfuerzos por actualizarnos del punto de vista apostólico y cambiar, cuando sea necesario, las obras y las estructuras en las que se desarrolla nuestro apostolado.

Se dice a veces medio en broma que cada Provincia o Distrito o comunidad tiene la vitalidad espiritual que "merece" o que merece su celo o su proyecto apostólico. Quiero decir con esto que lo "religioso" y lo "apostólico" están íntimamente ligados y se complementan mutuamente. Aún suponiendo un mínimo necesario de espíritu religioso, no siempre es cierto que primero hay que ser religiosamente "fieles" para luego poder

ser apostólicamente “creativos”. También el apostolado es fuente de motivación e inspiración religiosa. No resulta fácil convencer a alguien de que sea más “fiel” cuando el proyecto apostólico que lleva entre manos no parece “merecer” o exigir esa fidelidad. No hablo aquí de activismos mal llamados “apostólicos”, que no tienen un mínimo de motivación y base religiosa. Tampoco estoy negando la necesidad perenne de renovarnos desde el punto de vista religioso. Lo que quiero destacar es la tentación de escondernos detrás de lo “religioso” para huir de los desafíos y difíciles opciones que la creatividad apostólica nos exige.

Todos estos temas son complejos. No es fácil cambiar actitudes, hábitos, instituciones, estructuras que se han consolidado durante siglos. Además, tampoco tenemos los recursos humanos suficientes y adecuados para efectuar esos cambios aunque lo deseemos. Esta escasez de recursos humanos, limitados y con frecuencia en declive, suscita otra problema.

¿SE PUEDE SER CREATIVO CON UN CUERPO A LA VEZ JOVEN Y VIEJO?

Los Maristas somos actualmente la mitad de los que éramos hace unos 40 años. Las estadísticas nos hablan de la desaparición anual del equivalente a una Provincia. Esta realidad, sin embargo, varía bastante según países y regiones. Hay lugares en que el Instituto crece, en otros se mantiene estable, en otros envejece y muere a ritmo rápido.

¿Qué significa, por ejemplo, ser creativo en una Provincia en que la media de edad de los Hermanos pasa de 60 o 65 años y las vocaciones son escasas o nulas? Aún en esos casos hay lugar para una cierta “creatividad.” Por supuesto que no va a ser la misma que cuando disponemos de efectivos jóvenes y numerosos, y la creatividad es capaz de afrontar nuevas necesidades y nuevos retos apostólicos. Aunque la fidelidad y la creatividad no respetan siempre las fronteras de la edad, generalmente no podemos exigir la misma creatividad a hermanos de más de 75 años que a religiosos entre 35 y 60.

¿Cómo animar y gobernar, cómo ser fieles y creativos, en una situación como la que los Maristas estamos viviendo hoy? Es normal hacerse esta pregunta cuando vemos, por ejemplo, que Brasil tiene actualmente tantos novicios como todo el resto del Instituto, y que sigue creciendo, o al menos manteniendo una cierta estabilidad como algunos países de África y América Latina. Por otra parte las pérdidas anuales en Europa y América del Norte son substanciosas: podemos decir que son regiones en las que el Instituto está muriendo a menos que haya un cambio brusco en las tendencias actuales, lo que podría ocurrir a largo plazo, pero que no parece que vaya a acontecer a corto o medio plazo.

¿Qué podemos hacer en una situación así? Si intentamos animar y gobernar de la misma manera a un Instituto con miembros que tienen grados diversos de vitalidad y de edad, corremos el riesgo de adoptar un postura media, o de nivelar las cosas por lo bajo, dejando de tomar decisiones que habría que tomar, o de hacer los cambios que serían necesarios. Y esto redundaría en perjuicio de las necesidades que habría que atender o de los retos apostólicos que habría que afrontar. Existe el peligro de que las partes o los miembros más vitales adopten el ritmo de los menos vitales con el subsiguiente sufrimiento de todo el cuerpo.

-

DESCENTRALIZAR, MANTENIENDO LA UNIDAD Y LA COHESIÓN DEL INSTITUTO

En un grupo de características universales como los Maristas, con un fuerte gobierno central, una solución sería descentralizar el gobierno, manteniendo al mismo tiempo la unidad y la cohesión de todo el cuerpo así como su universalidad. Descentralización, sobre todo, en el área apostólica para poder así adoptar los modos de vida y los ritmos de cambio adecuados a la edad y la vitalidad de nuestros efectivos, y también a las necesidades de las distintas poblaciones pues, precisamente en las regiones en las que el Instituto está envejeciendo se está produciendo también una disminución demográfica.

Se podría pensar que esta “descentralización” y adecuación a las circunstancias ya se da en las Provincias. Lo que importa, sin embargo, es que eso no sea algo “espontáneo” sino que la Provincia o la Región entera, como un cuerpo consciente de su diversidad, adopte las políticas adecuadas no permitiendo que, de hecho, una parte del cuerpo acabe imponiendo sobre la otra o sobre todo el cuerpo, sus necesidades personales, comunitarias o apostólicas y sus ritmos específicos de cambio. Si eso ocurre, el cuerpo entero terminaría envejeciendo y perdiendo su creatividad.

En un Instituto como el nuestro, que pretende ser “sin fronteras” y dar respuesta a los gritos de los niños y jóvenes, es preciso mantener firme nuestra unidad y tener bien clara la orientación e inspiración religiosa y apostólica del conjunto. Para eso es importante establecer objetivos y prioridades para todos y, al mismo tiempo, reforzar las estructuras intermedias de animación y gobierno a nivel regional o continental, para que traduzcan esas prioridades y objetivos en función de las necesidades concretas de las respectivas regiones.

CREATIVIDAD, VOCACIONES Y FUTURO DE LA VIDA RELIGIOSA

Hay en la Iglesia instituciones religiosas caracterizadas por una clara ruptura con el mundo; me refiero a las Órdenes contemplativas o monacales, de “estricta observancia”, de clausura. En el otro extremo estarían los seculares que, viviendo y trabajando en el mundo, se sienten también llamados a la santidad, al apostolado. Ambos extremos representan opciones claras y definidas y parecerían tener su futuro, si no garantizado, por lo menos asegurado.

El problema está en medio, en Institutos como los Maristas, laicales, que queremos ser religiosos, contemplativos, activos, apostólicos, en el mundo... todo a la vez. En estos casos, la fidelidad al carisma original que integra las diversas dimensiones de la vocación religiosa y apostólica de estas congregaciones, dándoles valor y sentido, es aún más necesaria para su supervivencia.

En nuestro caso, por ejemplo, si perdemos la mística de nuestra Espiritualidad Apostólica, que nos hace encontrar a Dios, en las múltiples y variadas actividades de nuestro ministerio educativo, nuestro futuro sería incierto, por no decir que no tendríamos futuro. En ese caso, si un joven se siente llamado a seguir a Jesús de cerca y a trabajar por su Reino, sería más interesante que optase por un apostolado secular en vez de entrar en el activismo de una Vida religiosa sin la Espiritualidad Apostólica que dé valor y sentido y ayude a asumir las privaciones y sacrificios que comporta.

Por otro lado, si no somos creativos, si no mostramos a la gente que no sólo somos conscientes de los nuevos desafíos que presenta el mundo contemporáneo sino que estamos tomando las medidas necesarias para afrontarlos, aunque esto suponga cambios en nuestros estilos tradicionales de proceder apostólicamente, tampoco podremos tener mucha esperanza en el futuro. Un futuro que, ciertamente, está en las manos de Dios, pero que también depende de nuestra creatividad, de nuestra voluntad efectiva de querer cambiar siempre y cuando sea necesario. En caso contrario, el futuro llegará pero ya no estaremos allí los maristas para contarlo.

El joven que se siente hoy llamado a la santidad, al apostolado, tiene muchas más opciones que antes. Desde la vocación cristiana seglar plenamente asumida hasta la vocación contemplativa o monacal, pasando por asociaciones de seculares, institutos seculares, congregaciones religiosas laicales o clericales. No hablo aquí de vocaciones al clero diocesano; me estoy limitando a la Vida Religiosa.

En todas estas opciones se puede seguir e imitar a Jesucristo. Escoger una u otra depende de muchos factores, pero supongo que el joven de hoy se siente atraído por el proyecto religioso y apostólico que esos grupos ofrecen y por la capacidad que tenga ese proyecto de satisfacer el hambre y la sed de ese joven. Un hambre y una sed que son las de sus coetáneos, que buscan respuestas que tengan en cuenta la cultura de nuestro tiempo, que sea comprensible y significativa para los hombres y mujeres de hoy.

El problema vocacional en la vida religiosa es complejo. No pretendo resolverlo en unas líneas. Al ver lo que está ocurriendo en muchas regiones, el futuro parece ser poco esperanzador. Todo parece indicar que cuando avanza el desarrollo y el “progreso”, según los parámetros del sistema materialista y consumista, las vocaciones tienden a disminuir. Hay que asumir riesgos, apostar por el futuro y no resignarnos a aceptar lo aparentemente inevitable.. Los caminos de Dios son misteriosos e imprevisibles. Los cambios de tendencias son siempre posibles, y son a veces repentinos aún en cosas que algunos consideraban irreversibles.

El hecho de toda vocación sea una gracia de Dios no significa sin embargo, que Dios va a oír nuestras súplicas si no ponemos los medios necesarios para que estas vocaciones se desarrollen. Al hablar de medios no me refiero solamente a nuestro testimonio de vida, personal y comunitaria, aunque ese factor sea tan importante.

Antes tantas alternativas como la vida religiosa ofrece hoy día, el joven con cualidades y bien dispuesto busca también un proyecto de vida y apostolado claro y bien definido, que responda a sus aspiraciones de joven del siglo XXI. Hoy ya no basta el nombre, la fama o la historia, por muy ricas y gloriosas que ésta sea. Si no somos creativos corremos el riesgo de acoger en nuestro Instituto a personas que buscan seguridad y estabilidad, o satisfacer sus necesidades personales en vez de recibir a los jóvenes que necesitamos. Pero no tendremos los que necesitamos si no tenemos, como grupo, no sólo textos muy hermosos, sino un proyecto apostólico, con objetivos y prioridades de nuestra misión bien definidos.

La historia y las estadísticas muestran que las congregaciones religiosas tienen un ritmo vital, de nacimiento y muerte. Puede ser que un día ni los Jesuitas ni los Maristas ni otras congregaciones sean ya necesarios. Ningún Instituto religioso tiene garantía divina de sobrevivir eternamente. Si sobrevivimos o no, no depende sólo de Dios, sino también

de nosotros, de nuestra fidelidad y de nuestra creatividad. Hoy día el que no se define, el que no muestra un rostro bien claro, tiene pocas posibilidades de sobrevivir; está condenado al anonimato, al olvido. Esto vale tanto para los individuos como para los grupos, incluyendo los Institutos religiosos. El hecho de haber tenido influencia y fama en el pasado no es garantía de vocaciones hoy. En las congregaciones que son religiosas y apostólicas, la identidad debe manifestarse claramente en ambas dimensiones y no sólo en una de ellas. Si su identidad apostólica resulta que ya no responde a las necesidades apostólicas de nuestro tiempo, en los contenidos, en el estilo evangelizador, esas congregaciones están destinadas a desaparecer.

LA CREATIVIDAD IMPLICA OPCIONES DIFÍCILES Y SACRIFICIOS

No sólo la creatividad sino también la fidelidad exige cambios profundos en nuestros hábitos y estilos de conducta, tanto a nivel personal como comunitario. Exige no sólo una renovación profunda interior, sino también cambios externos en nuestro estilo de vida personal y comunitario para poder y vivir y testimoniar los valores del Reino en una vida de sencillez y pobreza que se convierta en una “contracultura” en este mundo materialista y consumista en que vivimos. No es fácil esto, sobre todo cuando nos hemos acostumbrado a unos estilos de vida de bienestar y consumo a los que no estamos fácilmente dispuestos a renunciar. LA necesidad de la renovación en esta línea de pobreza y desprendimiento fue uno de los deseos de Marcelino en su Testamento Espiritual.

En el caso de la creatividad, sin embargo, a esas dificultades se añaden otras, por ejemplo de tipo institucional. Los que hace años querían acabar con todas las grandes obras no parecen hoy tener tanta fuerza. Se reconoce que los colegios, universidades u otras instituciones son plataformas desde donde se puede realizar mucho bien y a un gran número de personas a la vez. Pero esto no nos puede llevar a la conclusión de que realmente están haciendo el bien, o el “bien” que hoy debería hacerse. Como toda institución significa poder, y el poder siempre fascina, no resulta fácil evaluar si ese poder se está utilizando bien o podría ser usado mejor.

Es más fácil fundar una obra que suprimirla, cambiarla sustancialmente o pasarla a otras manos. El argumento de que, si cerramos algunas obras no ganaremos gran cosa en cuanto a recursos humanos disponibles para otra misión, no siempre tiene en cuenta la imagen que esas obras, por su tamaño y visibilidad, dan a todo el cuerpo. Por otra parte, la creatividad apostólica no se limita a cerrar colegios, sino a hacer lo posible por adaptarlos a las nuevas exigencias de la Evangelización y a los desafíos de nuestro tiempo.

Las dificultades que experimenta la creatividad apostólica no son siempre de orden institucional. A veces tenemos que renunciar a intereses y necesidades locales para atender a intereses y necesidades provinciales o más universales, fuera de la región o del continente donde trabajamos. Hoy hay que tomar opciones porque hemos de afrontar nuevos problemas y desafíos, responder a necesidades que surgen, que nos afectan a todos y que superan las fuerzas de una sola Provincia. Exigen colaboración conjunta. Al escoger, siempre sacrificamos algo bueno por algo mejor. Las opciones implican generalmente una cierta ruptura de la estabilidad y del equilibrio existentes y por eso son, con frecuencia, difíciles y dolorosas.

Entre los factores que dificultan nuestras opciones uno de los más frecuentes es la falta de objetivos y prioridades claras que la justifiquen. No siempre los documentos de un Capítulo General están concebidos y redactados en términos operacionales; son más bien de carácter inspirativo. Sin objetivos y prioridades comunes a todas o varias Provincias de un continente o región, no puede existir una verdadera colaboración interprovincial ni una acción conjunta entre ellas.

Es más fácil unir fuerzas y colaborar cuando se trata de necesidades internas que todos experimentamos en nuestra propia carne, como por ejemplo en el área de la formación de nuestros propios miembros, que cuando se trata de necesidades externas, apostólicas. No podemos negar que existen hoy necesidades que van más allá de los límites provinciales, por ejemplo en áreas de educación, de espiritualidad, de misión compartida, que exigen recursos humanos cualificados y recursos materiales que una sola Provincia es incapaz de afrontar. Y aunque pudiera, se resolverían mejor con la colaboración interprovincial.

La necesidad de optar no es sólo a nivel colectivo o institucional, sino también a nivel personal. Es más gratificante trabajar en algunos lugares que en otros que nos exigen mayor austeridad o desprendimiento afectivo. Como toda creatividad depende de las personas y de las comunidades que deberán asumir las consecuencias, acabamos con lo que decíamos al principio: no hay fidelidad sin creatividad; y tampoco hay creatividad sin fidelidad, pero, claro, no una fidelidad “cualquiera”.

NO HAY CREATIVIDAD NI FIDELIDAD SIN AUTÉNTICA EXPERIENCIA DE DIOS

La creatividad supone disponibilidad, individual y colectiva, interior y exterior. Si no hay personas y comunidades disponibles para dejar lo que están haciendo y asumir lo que el discernimiento nos indica que debe hacerse a partir de ahora, es inútil hablar de creatividad.

La disponibilidad, por su parte, requiere personas libres y bien equilibradas, tanto desde el punto de vista humano, como desde el punto de vista religioso y apostólico. Personas que integran en sus vidas las dimensiones religiosas, espirituales, apostólicas; contemplativos en la acción, que sepan amar a Dios desde el mundo y al mundo desde Dios.

Esto no se consigue solamente “rezando”, o sea con una simple fidelidad a los llamados “ejercicios de piedad”. Todos conocemos a religiosos que son “fieles cumplidores”, pero están lejos de estar libres y disponibles, tanto interiormente (disponibilidad en las manos de Dios), como externamente, para llevar a cabo lo que se les pide como bien mayor o para ir adonde se espera un mayor fruto. Son religiosos que unen una aparente fidelidad, una “religiosidad” formal, con una gran falta de libertad cristiana. Parece que viven todavía en el reino de la norma y de la ley, con un pie en el Antiguo Testamento y otro en el Nuevo.

Lo que de verdad contribuye a hacernos personas integradas, equilibradas y también disponibles, es la experiencia personal del Dios de Jesucristo. Este punto de la centralidad de Dios en nuestras vidas, de la pasión por Jesucristo aparece claramente en el mensaje del XX Capítulo General.

La experiencia de Dios pasa necesariamente por la identificación con Jesucristo, revelación de Dios, y con el misterio de su vida, pasión, muerte y resurrección. Sin la vivencia del Misterio Pascual no podemos recibir el don del Espíritu ni experimentar ni gozar de sus dones: la luz, la fuerza y sobre todo la libertad interior y exterior para abrirnos a lo nuevo, para ser creativos según el Espíritu.